
LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN EL CAMBIO DE SIGLO: DE LA REVISTA LETRADA A LA REVISTA ESPECIALIZADA

Alexander Betancourt Mendieta¹

RESUMEN: El texto ofrece una aproximación a las transformaciones de la escritura de la historia ligadas a las formas que adquiere el mundo letrado en América Latina en el cambio del siglo XIX al siglo XX en diferentes aspectos. El trabajo da cuenta de las formas que adquiere el interés por el pasado y el modo para difundirlo; para ello, tiene en cuenta diferentes ejemplos de publicaciones seriadas que sirven para mostrar tales transformaciones.

PALABRAS CLAVE: Historiografía. Historia Intelectual. Historia Comparada

THE SCRIPTURE OF HISTORY IN THE CHANGE OF THE CENTURY: FROM THE *REVISTA LETRADA* TO THE SPECIALIZED JOURNAL

ABSTRACT: This paper offers an approach to the transformations of the writing of history linked to the forms acquired by the literate world in Latin America in the change from the nineteenth to the twentieth in different aspects. The work accounts for the forms acquired by the interest in the past and the way to spread it; to do so, considers different examples of serial publications that show such transformations.

KEYWORDS: Historiography. Intellectual History. Comparative History

La escritura y sus funciones

En América Latina durante el siglo XIX escribir era una actividad del intelecto asociada a las tareas de construcción del estado nacional. Este interés explícito del trabajo de los hombres de letras implicaba encauzar los esfuerzos de la escritura hacia las faenas de la política y la guerra; con lo cual, se dejaba en un segundo plano el ámbito de la reflexión sobre las formas y modos de apropiar y producir conocimientos nuevos, o incluso, la posibilidad de disfrutar de la literatura. Los hombres de letras jugaron un papel definitivo para la organización de información de todo tipo que era útil para atender las necesidades del estado

¹ Alexander Betancourt es profesor investigador de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Autor, entre otros trabajos del libro: *Círculos letrados y conocimiento. La Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en San Luis Potosí* (México, El Colegio de San Luis, A.C., 2016); Editor del libro: *Escritura de la historia y política: el Sesquicentenario de la Independencia en América Latina* (Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos IFEA, 2016); del artículo: “*Revista de las Indias* (1938-1950): la difusión cultural y el mundo letrado”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 21, n° 2 (julio 2016): 125-14, entre otros trabajos. El presente texto hace parte de las actividades contempladas en el proyecto: “Latinoamericanismo, Panamericanismo y Conmemoraciones: estudios comparados en América Latina, 1940-1970 (CONACyT CB 2012 169248). Email: alekosbe@uaslp.mx

nacional, desde la obtención y clasificación de las estadísticas sobre las desconocidas sociedades que habitaban la vasta y diferenciada geografía del ignoto territorio nacional hasta la elaboración e implementación de planes para establecer sistemas educativos, la creación de repositorios institucionales como bibliotecas, archivos y museos, entre otras labores relacionadas con la gestión de información para la construcción de la nación y de un pasado nacional.

En este contexto, como ya ha sido tratado en otros trabajos que se indican a lo largo de este texto, la escritura de la historia era parte de las convenciones narrativas que articulaban al mundo letrado en América Latina durante el siglo XIX, que asumía como uso principal del conocimiento del pasado ser la base de un relato que justificaba la construcción del sujeto unificador, la nación, desde la perspectiva de una realidad a la que se debía ofrecer lealtad, compromiso y fe; es decir, el relato de la historia servía para formar el alma del ciudadano. Esta concepción de la utilidad del pasado se impuso a través de los cortes temporales que determinaban los momentos centrales de ese sujeto: su origen, sus crisis, sus redenciones, sus grandezas; elementos que se reiteraban mediante las ceremonias establecidas en el calendario cívico, la exposición de imágenes de los héroes de la patria, la consagración de determinados lugares como referentes de la historia nacional y, a medida que se construía un sistema educativo nacional, las actividades pedagógicas de la escuela se encargarían de difundir esa narrativa canónica de la nación. El proceso de elaboración del relato en sí mismo quedó en un segundo plano como una actividad individual, propia del trabajo intelectual del hombre de letras interesado en estos temas, y era ése autor en su individualidad que enfrentaba y resolvía los problemas que le planteaba utilizar un método de investigación para aproximarse al pasado y las posibilidades que brindaban diversos modelos de escritura de la historia (COLMENARES, 1989; BETANCOURT, 2004, p. 24-47).

La actividad de los hombres de letras se manifestó de diferentes formas; y estos modos de hacer las cosas determinaron el quehacer de los trabajos del intelecto mientras surgían los espacios para el cultivo profesional de los saberes. Las actividades administrativas de la corona de Castilla en América habían establecido una distancia entre la palabra ritualizada y la palabra hablada; lo que en términos prácticos suponía una diferenciación de los hombres de letras en el ámbito social y la asignación de unas labores específicas; esta situación se mantuvo en el marco de los estados nacionales donde los hombres de letras encontraron medios diferentes a los que se emplearon en el periodo de la corona para constituirse en corporaciones letradas con unos objetivos precisos y, muchas veces, gracias a la iniciativa y/o

con el apoyo del estado. Pese a las limitaciones de las formas de trabajo impulsadas por las corporaciones letradas, que muchas veces impidieron la realización de los proyectos que les dieron origen, se convirtieron en el modelo para realizar y articular las actividades intelectuales, entremezcladas con la política y la administración pública (BRUNO, 2014; LOAIZA, 2011).

Las actividades letradas tenían como producto tangible los textos escritos que les daba legitimidad a las diferentes actividades que ellas promovían; además, de servir como vehículos de difusión. Estas asociaciones letradas eran entidades cerradas vinculadas a las actividades políticas, lo que les daba la capacidad para propagar las ideas sobre la nación y el pasado de esa nación, entre otras muchas labores que desempeñaban para la construcción del estado nacional (SPECKMAN, 2005, p. 47-72). Las asociaciones letradas como las Academias, Ateneos, Círculos establecieron como práctica la consagración de la oralidad sobre el trabajo escrito, especialmente a través de la oratoria que alcanzaba su consolidación mediante la publicación del discurso; el trabajo escrito alcanzó también el reconocimiento social pero el camino rápido a la consagración descansa, todavía, en la oralidad. Pero esta no fue la única herencia de las asociaciones letradas en el ámbito del mundo letrado; el reconocimiento y prestigio de este tipo de asociaciones inhibió, por largo tiempo, las posibilidades para la creación o la implementación de reformas sobre instituciones ya existentes para que dieran cabida a la formación de profesionales en todas las áreas del conocimiento, pero en especial en las humanidades y las ciencias sociales, lo que se traducía en el hecho de que las asociaciones letradas conjuntaron en sí mismas la producción de todo tipo de trabajos escritos relacionados con la sociedad, el pasado, el presente y el futuro de la nación, temas subsumidos bajo el nombre genérico de “literatura”, con lo cual, el escritor, como hombre de letras, era el individuo que tenía la capacidad de analizar, definir y trazar los contornos de la realidad social y de la nación desde el pasado hasta el futuro.

La escritura de la historia

En el marco de la cultura letrada en América Latina durante el siglo XIX, y una buena parte del siglo XX, existió la indeterminación de la escritura de la historia. Para comprender esta situación de indiferenciación de las prácticas escriturales y sus productos en el mundo letrado en América Latina es necesario tener a la vista los procesos que se daban en la Europa central del siglo XIX donde surgió la historia como ciencia.

La historia como una disciplina fue el resultado de una nueva concepción de la dimensión temporal humana y en el marco de una institucionalidad renovadora que

justificaron a las actividades relacionadas con la práctica de la escritura de la historia como ciencia a partir de la fundamentación de la investigación sobre el pasado como una forma específica de conocimiento (IGGERS, 2002, p. 65-88). Esto quiere decir que el surgimiento de espacios específicos para la enseñanza y la difusión de la historia en las Universidades modernas durante el siglo XIX está relacionado con las transformaciones sobre el valor del trabajo intelectual; por ejemplo, la aparición de los editores y los escritores profesionales, así como la aceptación social del conocimiento especializado que evocaba el concepto de ciencia. (BARBIER, 2005, p. 359-392; CHARLE, 2009, p. 17-48).

América Latina no tuvo procesos de este tipo que impactaran en el mundo letrado; lo cual, mantuvo el trabajo intelectual en el ámbito de la escritura no especializada como se desenvolvía en las corporaciones letradas; por eso, el escritor, basado en el talento, podía abordar indistintamente cualquier tema y tenía la capacidad de ofrecer todo tipo de interpretaciones sobre la realidad y el pasado. Esta indeterminación de la escritura está relacionada con el papel que se la atribuía a la escritura y a los hombres de letras en la sociedad, pero también está conectada a la ausencia de universidades con las características de una institución moderna; es decir, espacios idóneos para la producción del conocimiento en los que pudieran confluír las actividades de docencia e investigación, y cuya relevancia y aportes las pudieran convertir en ámbitos de referencia a los que el gobierno y/o la sociedad acudieran para encontrar propuestas de solución a diversos problemas prácticos. (LOPEZ-OCÓN, 2006, p. 315-346; SABATO, 2008, p. 387-411; LOMNITZ, 2008, p. 441-464).

Estas circunstancias perfilaron a los escritores y sus productos intelectuales como los referentes de interpretación sobre la sociedad y el tiempo, pero sin tener una escritura especializada de referencia. Esta ausencia de diferenciación en la producción de la escritura derivó en las dificultades para definir la especificidad y los alcances de la literatura, en general; de tal suerte que un trabajo como el de Martín S. Stabb definía sus casos de estudio de esta forma: “[...] al tratar escritores a quienes los hispanoamericanos califican de pensadores, una cantidad de los estudiados son ensayistas en el sentido más amplio del término. Algunos son científicos sociales aficionados, otros historiadores, y algunos son, a su manera, filósofos.” (STABB, 1969, p. 20)².

² El contexto que emplea el trabajo de Stabb consideraba que “en la América Española la enseñanza universitaria se considerara, hasta hace poco, una ocupación subsidiaria”, hizo que la división entre el académico y los demás no fuera clara: “empleados de correo enseñando literatura y aún filosofía”; lo cual, está relacionado con el hecho de “la cantidad de pensadores y literatos que ocuparon cargos elevados en los gobiernos de estos países.” (STABB, 1969, p. 10)

Desde los años 1940, los trabajos de historia de las ideas que se elaboraron en América Latina para establecer las tradiciones intelectuales de esta parte del mundo encontraron como fórmula de solución para abordar el estudio de la producción intelectual, caracterizada por la indeterminación disciplinar, el concepto “pensamiento” como un concepto explicativo para abordar el estudio de una producción intelectual abigarrada e indiferenciada en el marco de unas disciplinas de conocimiento específicas. El concepto “pensamiento”, trata de equiparar como filosofía los esfuerzos intelectuales por explicar “el mundo” y “la vida” a partir de una herencia intelectual europea que desde el siglo XVI, demuestra que la filosofía se expresa también “en formas con preferencias parciales o casuísticas, libres y bellas: el ensayo, la carta, el artículo de revista y de periódico, pero no de periódico o de revista técnica, sino general, literaria” (GAOS, 1945, p. 49). En el caso de las tradiciones intelectuales en América Latina, este era el tipo de productos intelectuales que podían encontrarse desde el siglo XVI hasta el siglo XX como una amplia gama de obras y autores que impulsaba la idea de que este cúmulo de trabajos y sus diferentes formas de expresión entrañaban el aporte de las tradiciones letradas de América Latina a la humanidad (BETANCOURT, 2013, p. 141-170).

Revistas: un producto de la cultura letrada

Durante el siglo XIX hubo diversos procesos sociales que impactaron el mundo letrado de América Latina y el tipo de productos intelectuales que llegaron a formular, como fue el caso de la aparición de las publicaciones periódicas. Las revistas, como productos intelectuales y como objetos, son parte de las transformaciones sociales y materiales de las sociedades decimonónicas. Las posibilidades de tener un público que podía leer y era urbano, así como las mejoras técnicas para la impresión de textos, permitió que la imagen empezara a influir poderosamente tanto el mundo del libro (novelas, libros religiosos, libros escolares) como de la prensa periódica, lo que hizo que la circulación de impresos ilustrados tuviera una amplia difusión y un indiscutible éxito comercial (MALOSETTI; GENÉ, 2009). Estas condiciones facilitaron la formación de diferentes tipos de públicos y el surgimiento de diferentes formas de lecturas. Los tipos de textos y los modos de acceso a esos textos generó unas formas de lectura específicas; de tal suerte que las publicaciones periódicas propiciaron un público lector que se adaptaba al ritmo de la publicación y, no necesariamente, leía todo el ejemplar adquirido y, habitualmente, no tuvo acceso a la totalidad de números publicados, como lo puede hacer un lector actual (LOUIS, 2014, p. 31-57).

Por otro lado, la aparición de las revistas también se explica por ser el producto de un trabajo colectivo y no de un autor único. Este esfuerzo colectivo empezaba desde el equipo

que la editaba, imprimía y vendía hasta los autores que, con sus colaboraciones, pagadas o no, generaban sus contenidos. Por lo tanto, la revista era producto del esfuerzo de un grupo de personas que se congregaban en torno al responsable de la publicación, el cual no podía llegar a ser el autor de la revista porque las revistas se caracterizaban por reunir en sus páginas distintos géneros e informaciones de carácter general sobre temas políticos y culturales. Esta forma de trabajo estuvo ligada al desarrollo en el uso de diversos tipos de imágenes que se podían integrar a los textos, lo que marcó una pauta que hacia 1895 se concretó con la aparición del *magazine*, lo que añadió a los diferentes tipos de textos distintas clases de ilustraciones, incluyendo fotografías a color, y las imágenes relacionadas con la publicidad; de esta forma, el texto y la imagen se complementaban de nueva cuenta y con un alcance masivo (TORRES, 2014, p. 13-30). Las revistas llegaron a ser construcciones sociales complejas en la medida que son la evidencia material de un conjunto de prácticas sociales relacionadas (DOSSE, 2002, p. 171-192).

A partir de estas consideraciones, en el caso de la cultura letrada en América Latina, también se vivió de múltiples maneras las transformaciones de la industria editorial, el surgimiento paulatino de un público lector y el desarrollo de diversas formas de asociación letrada, alrededor de las cuales se dio el advenimiento de diferentes tipos de publicaciones como, por ejemplo, *El Ateneo Mexicano* (1844-1845) que fue el resultado de una “sociedad literaria” que tenía como objetivo “propagar los conocimientos útiles, adquirir nuevos y divertirse con el trato mutuo”, cuya naturaleza tenía como base integrar a “personas honradas y conocidas por su afición [sic] á las ciencias y á las artes, que quisiesen comunicarse mutuamente sus luces, y dedicarse á trasmitirlas al pueblo [...] (El Ateneo Mexicano, 1844, p. 3). De hecho, sus integrantes consideraban que esta publicación tenía como tarea “introducir entre nosotros la instruccion [sic] en muchos ramos de ciencias de que habiamos [sic] carecido hasta el dia [sic] de hoy”; es decir, era el modo de enfrentar la ausencia de instituciones científicas en el ámbito público y privado del estado nacional en construcción. Algo semejante ocurría con otra publicación que apareció en la Nueva Granada: *El Mosaico* (1858-1872) en cuya presentación se afirmaba:

[...] nuestra patria es totalmente desconocida en su parte material i moral no solo de los extranjeros [sic], que a causa de la ignorancia nos desprecian como a una turba de bárbaros; sino lo que es mas [sic] triste, es desconocida de sus mismos moradores.

Así, pues, en ninguna parte mas que en pueblos nacientes como el nuestro, la prensa está llamada a ejercer una alta influencia i a producir injentes resultados. La prensa debe encarrilar la opinion publica, iluminar las sociedades, inoculando en todos los

individuos las ideas de una civilizacion progresiva. Ese es el objeto de los periódicos políticos i relijiosos.

A los que estamos separados de esa lucha enconosa de las pasiones públicas nos toca trabajar con ahinco [sic] por hacer conocer el suelo donde recibimos la vida, i donde seguirán viviendo nuestros hijos. A nosotros nos toca el elogio [sic] de nuestros usos i costumbres. A nosotros nos toca tambien, aunque indirectamente, despertar esa multitud de corazones jóvenes, llenos de sávia [sic] i de vigor, que solo necesitan de una mano que los impulse para estallar en himnos inmortales, de una palestra en donde puedan recoger guirnaldas vistósísimas (EL MOSAICO, 1858, p. 1).

Al igual que la Ciudad de México, la antigua capital del virreinato de la Nueva Granada carecía, en ese momento, de instituciones orientadas al fomento de las artes y de las letras, al conocimiento e interpretación del territorio nacional y las sociedades que lo habitaban; lo que no quiere decir que se desconociera el valor de este tipo de trabajos intelectuales. Desde la administración estatal y en el ámbito social se reconocía la importancia de este tipo de tareas pendientes por realizar: tener un mapa nacional, establecer un sistema educativo, estudiar el pasado de la nación; sin embargo, a pesar del valor de estas actividades, la mayoría de las múltiples iniciativas que se elaboraron quedaron en decretos y leyes pero sin la posibilidad que esas instituciones dibujadas en el marco legal llegaran a concretarse y comenzaran a funcionar como lo ordenaba la medida jurídica.

Un caso en esta dirección se encuentra en el proyecto de creación de la Academia Literaria Nacional (1826) y en los intentos por crear un Conservatorio Nacional de Ciencias y Artes (1855); inclusive, los propios hombres de letras que participaron en la asociación que dio vida a *El Mosaico* también enfrentaron las dificultades que implicaba realizar una empresa de este tipo en el contexto material y social en el que vivían, desde adquirir una imprenta hasta crear y consolidar una red de corresponsales y poder conseguir suscriptores (GORDILLO, 2003, p. 17-66; LOAIZA, 2004, p. 3-19). Entonces, las empresas intelectuales de *El Ateneo* y *El Mosaico* son el producto visible de las actividades que le precedían y la rodeaban. Detrás de cada una de ellas había una serie de experiencias y actividades determinadas por grupos de hombres y mujeres que asistían a reuniones en espacios privados, generalmente las viviendas de personajes reconocidos públicamente, en busca de esparcimiento a través de las lecturas compartidas, las declamaciones, los debates sobre las novedades literarias y políticas, aspectos de los que dan cuenta las publicaciones que surgieron de estas reuniones informales y de algunos otros testimonios recogidos en las obras de género costumbrista y diferentes tipos de crónicas de la vida social de la época que obtuvieron espacio en diferentes formatos de publicación, desde el periódico hasta el libro.

En la Europa central, las universidades y algunas instituciones como los Museos, se convirtieron en espacios donde se incorporaron las prácticas para la profesionalización de determinados saberes como la institucionalización de las prácticas de enseñanza-aprendizaje y la estandarización de los métodos de investigación. Uno de los rasgos más destacados de estos procesos de la profesionalización del conocimiento fue la aparición de revistas especializadas. Este tipo de publicaciones se convirtieron en el vehículo de difusión de los avances en el conocimiento y en los métodos de trabajo de cada una de las disciplinas que se habían institucionalizado. Con el tiempo, las revistas especializadas se multiplicaron a partir de las corrientes de trabajo que emergieron en cada uno de los campos de conocimiento. (RAPHAEL, 2012, p. 37-55).

En contraste, en América Latina donde no se dieron esos procesos de institucionalización de los saberes, predominaron las revistas que englobaban todos los saberes al mismo tiempo, aunque hay excepciones como el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (1839) o la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* (1839) pero esas excepciones demuestran que el modelo que imperó fue el de la revista miscelánea que integraba múltiples temas y autores, y con la evolución de las innovaciones técnicas tendieron hacia el formato del *magazine* que mantenía la indiferenciación de la escritura y de los saberes. Es el caso, por ejemplo, de las revistas producidas por hombres de letras que trataban temas de América Latina, unas veces realizadas en el ámbito americano y otras veces en el ámbito europeo.

La Revista de América (1912-1914)

Las revistas han adquirido recientemente el valor de objetos de estudio como referentes de la articulación de los discursos de modernización de los grupos letrados de América Latina. En estas publicaciones reposan las ideas que esos grupos querían difundir tanto de las nociones de modernidad como de las comunidades imaginadas que incluía el medio mismo de la difusión: la revista, como una base material que demostraba el uso de las nuevas tecnologías. Lo interesante de esta revaloración de las revistas como objetos de estudio radica en comprender en ellas el producto de un conjunto de hombres de letras que habían sido reunidos por múltiples razones (MALOSETTI; BALDASARRE, 2013, p. 197-225).

En este sentido, uno de los objetivos que aglomeraba la atención y los trabajos de los hombres de letras eran las tareas para construir la unidad nacional y, en el caso particular que interesa a este trabajo, la unidad continental; de tal suerte, que a fines del siglo XIX y

principios del siglo XX los esfuerzos para consolidar la unidad política y cultural sobre un territorio delimitado se habían convertido en una de las metas más importantes de los estados nacionales que pretendían mostrar estos elementos de unidad como las facetas del orden cívico y del bienestar social. El trabajo de los hombres de letras y de sus asociaciones sería crear y difundir la idea de la nación que como ideal político cuyo punto de partida debía ser el análisis y la construcción de las tradiciones nacionales a partir de la exploración del pasado y las reflexiones sobre las sociedades actuales que constituían esos estados nacionales. Sin embargo, los elementos de referencia para realizar estos diagnósticos y establecer las referencias en el pasado nacional plantearon conclusiones absolutamente pesimistas sobre la situación actual y futura de los estados nacionales (BETANCOURT, 2004, p. 75-90).

En este momento crítico, correspondiente a las conmemoraciones de los cien años de la Independencia, se reavivó el valor positivo para establecer los vínculos de la “Patria Grande” y sus relaciones con las ideologías nacionalistas que sostenían las acciones imperialistas en todo el planeta; de tal suerte que se forjaran los lazos de la unidad continental a través del conocimiento y el diálogo mutuo entre los ciudadanos del continente. Uno de los mecanismos disponibles para establecer estos contactos de orden continental fueron las publicaciones periódicas bajo una dirección que propiciaba la comunicación entre los hombres de letras y gestionaba las colaboraciones para ser publicadas en las revistas. Las posibilidades materiales para realizar este tipo de iniciativas a principios del siglo XX se encontraban, generalmente, en Europa, y con el mismo tipo de circunstancias: hombres de letras originarios de países americanos que desarrollaban actividades de representación diplomática y/o de negocios particulares que se encontraban cotidianamente con “los prejuicios sobre los pueblos latinoamericanos”: fragilidad política e incapacidad para gestionar sus recursos, además de la ignorancia de los propios ciudadanos de América Latina sobre sus vecinos; lo cual, servía como sustento para justificar la intervención de los distintos imperios que se vieran interesados por los recursos naturales de estas tierras. Ante ello, era necesario forjar una política y un discurso que sirviera para enfrentar las condiciones de las realidades nacionales centenarias a través de un aliento constante a la unidad de la nación, pero también un dique hacia las amenazas de los imperialismos en boga. En las dos dimensiones, la interna y la externa, la idea de la unidad será la clave de las preocupaciones de los hombres de letras de principios del siglo XX, y servirá como un principio de aglutinación del trabajo intelectual. (TEJADA, 2000, p. 180-216; BETANCOURT, 2013, p. 135-157).

En las condiciones del cambio de siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX, justificar la realización de un proyecto editorial que diera a conocer la situación de los diferentes países de América Latina y de su situación en el mundo, tanto para los europeos como para los propios ciudadanos del continente, es una constante que se encuentra en diferentes empresas de este tipo; por ejemplo, en el caso del reconocido poeta nicaragüense Rubén Darío, que tenía experiencia en el mundo editorial al haber sido director y fundador de múltiples diarios, semanarios y revistas como *El Correo de la Tarde*, en Guatemala (1890-1891) y de *El Imparcial*, de Managua (1896), emprendió, con el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre, una efímera empresa editorial con base en Buenos Aires: *Revista de América* (1894). Esta iniciativa alcanzó a editar y publicar tres números porque tuvo condiciones precarias por la escasez de dinero, la falta de suscripciones y por el robo de los caudales por el administrador de la publicación (CARTER, 1967, p. 17). No obstante, la revista nació con un propósito amplio:

Ser el órgano de la generación nueva que en América profesa el culto del Arte puro, y desea y busca perfección ideal; Ser el vínculo que haga una y fuerte la idea americana en la universal comunión artística [...] Servir en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América latina, á [sic] la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española: esos son nuestros propósitos (LA DIRECCIÓN (REVISTA DE AMÉRICA, 1894, p. 1).

La publicación se inscribe en las múltiples iniciativas relacionadas con el movimiento literario del Modernismo y sus resonancias en el ámbito de América Latina; de hecho, el propio Darío definía esta corriente de ideas y las obras en las que se sustentaba como “nuestra naciente revolución intelectual” y pretendía que la revista fuera el medio de difusión de esta corriente literaria, de tal suerte que pudiera conjugar el ámbito nacional –Argentina– con la unidad continental en donde los hombres de letras podrían trabajar con “el arte cosmopolita”. No obstante, las condiciones de la producción de la revista mostraron, por su parte, los límites materiales de esta iniciativa. Rubén Darío; sin embargo, no cejó en un su empeño y encontró la posibilidad de aprovechar el reconocimiento que tenía como poeta que le sirvió para aceptar la dirección del proyecto editorial de los banqueros uruguayos Alfredo y Armando Guido, la revista *Mundial Magazine* que apareció en París en 1911. A partir de este lugar privilegiado, la revista y la ciudad de referencia para la cultura letrada de América Latina, Darío pudo apoyarse en las redes de hombres de letras donde era reconocido para difundir sus planteamientos estéticos y proponer la difusión de la “cultura hispanoamericana” (MONTALDO, 1998, p. 75-83; TORRES, 2008, p. 13-30).

La iniciativa encabezada por Rubén Darío era parte de una forma de actuar del mundo letrado en América Latina que se afincó en las dos principales ciudades europeas de la época: Londres y París, durante las tres últimas décadas del siglo XIX y las primeras dos décadas del siglo XX. Hay varios proyectos editoriales de este tipo que buscaban ser espacios de intercambios de ideas, de comunicación de esa gran comunidad imaginaria que utilizaba el castellano como lengua común a ambos lados del océano Atlántico, y que, adicionalmente, a la meta ideal de la integración cultural también le añadían las dimensiones política y económica, que ligaba a estos ámbitos letrados con las redes intelectuales establecidas en Madrid en el mismo periodo. Está el caso de la revista *Hispania* (1912-1916) que dirigía el colombiano Santiago Pérez Triana en Londres; *La Revista de América* (1912-1914) que dirigía el peruano Francisco García Calderón en París y el amplio proyecto de la *Editorial-América* (1915-1933) del venezolano Rufino Blanco Fombona en Madrid (RUBIANO & GOMEZ, 2016; SEGNINI, 2000).

Uno de los principios articuladores de tales proyectos editoriales descansaba en la noción del papel del hombre de letras y de sus trabajos en la sociedad: “escribir no es un asunto privado sino una responsabilidad pública y, escribir con talento y hondura, es una verdadera necesidad [porque el escritor] debe saber interpretar las ansias colectivas del pueblo” (ALBARRACÍN, 1970, p. 306-307); en este sentido, la mirada del escritor debía ir más allá del ámbito nacional como fue el caso de la obra de Francisco García Calderón (1883-1953). El hombre de letras peruano pasó la mayor parte de su vida en París, y desde allí, tempranamente advirtió las tensiones que existían entre los proyectos políticos de la unidad nacional y las urgencias prácticas que concitaban la necesidad de plantear la unidad continental (BETANCOURT, 2009, p. 91-103). Pese a los desacuerdos existentes, donde primaban los intereses de los estados nacionales, estos proyectos de unidad continental coincidían en alentar la dignidad histórica de América Latina a través del conocimiento y difusión de las herencias culturales de sus sociedades a partir de una diplomacia de la inteligencia que propendía por establecer y mantener alianzas entre América y Europa y, con ello, posicionar a América Latina dentro de la situación del mundo contemporáneo:

Diversos signos morales revelan que la América Latina va á entrar en una nueva etapa saludable. Hasta ayer observábamos, en el orden político, discordia; en el orden intelectual, aislamiento. Las graves voces de los profesores de americanismo, de Alberdi, de Vigil, se perdían en el fragor de las querellas locales. Oscuras fuerzas van cambiando hoy el drama de la historia [...] Preparemos, por la unión de los elementos intelectuales, la gloriosa epifanía. Tal es el objeto de esta Revista. Tiende ella á agrupar á los escritores ibero americanos, sin parcialidades de cenáculo, sin celos de región, en amplia confraternidad, en tenaz propaganda de cultura [...]

Pertenece esta Revista á la *élite* intelectual de ultramar [...] Hemos pedido á selectos espíritus de cada república americana noticias sobre el desarrollo intelectual de esas naciones. Será ésta la más preciada novedad de la *Revista de América*: por ella podrá el lector conocer la evolución de las letras ibero americanas, de México á Buenos Aires [...] Tal ambición es un acto de fe (LA REVISTA DE AMÉRICA, 1912, p. 2-3).

La perspectiva de la revista coincidía en sus propósitos y sus impulsos con los objetivos trazados por Pérez Triana y la revista *Hispania* que le era contemporánea. Esta revista se veía a sí misma como un medio de afirmación de la unidad cultural de los pueblos de lengua española, instrumento de comunicación y de reflexión, de preservación, pero también de creación y de difundir los avances más recientes de la ciencia del momento:

Quisiera HISPANIA también -en la escasa medida de sus fuerzas- llevar de unos pueblos hispanos a otros, cuanto mensaje (sic) sea digno de ellos, que ilumine los cerebros o conmueva las conciencias. Como el patrón de oro en las permutas comerciales, HISPANIA quisiera contribuir a establecer el áureo criterio de la lógica serena y del sentido común en la vida de nuestros pueblos (HISPANIA, 1912, p. 1).

Lo que demuestra que en estas primeras décadas hay una pertinencia del discurso americanista sobre la base de una visión del subcontinente con relación a la situación mundial y el equilibrio que debía alcanzarse en esas circunstancias; por eso, uno de los hallazgos de este enfoque sobre la situación de las centenarias repúblicas americanas era promover la comprensión de que el ámbito local hacía parte de un contexto mayor: “Estudiando la suntuosa historia del Perú en un libro devoto, hallé que el territorio materno era sólo un fragmento de un mundo uniforme” (GARCÍA CALDERON, 1913: VI).

La perspectiva tuvo una amplia acogida. Estas dos revistas contemporáneas establecieron colaboraciones a lo largo de América Latina e involucraron a hombres de letras de España, Francia, Inglaterra; también establecieron secciones especializadas en dar noticias sobre la producción intelectual reciente y la situación política de los diferentes países de América Latina; las noticias eran relevantes porque el alcance en las colaboraciones y la circulación de las revistas abarcaba a todo el continente; esto permitía, incluso, que en el caso de *La Revista de América*, tuviera una sección dedicada a la crónicas sobre París elaboradas por Ventura García Calderón; esta sección estaba cargada de publicidad, de imágenes y noticias sobre moda y novedades de todo tipo relacionadas con la actualidad de la capital francesa.

El enfoque y la amplia aceptación de estas publicaciones no fue suficiente para que se preservara en el tiempo el interés por la idea de una unidad continental. Hubo tres coyunturas que dieron al traste con el desenvolvimiento de este tipo de empresas editoriales; en primera

instancia, los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial. La conflagración arrasó el continente europeo y dejó maltrechas las referencias ideológicas que sustentaban el orden mundial establecido hasta ese momento. Múltiples focos temáticos llamaban la atención sobre la crisis de la centralidad de Europa como eje del mundo, uno de cuyos primeros hitos sería el estallamiento, y posterior victoria, de la revolución bolchevique, inmediatamente después de la conclusión de la Gran Guerra. Las consecuencias de estas coyunturas afectaron directamente las empresas editoriales de los hombres de letras de América Latina afincados en Europa, empezando por las dificultades económicas, materiales y de comunicación que afectaron la viabilidad para integrar cada número por publicar; así fue el caso de *La Revista de América* que dejó de circular desde 1914, *Mundial Magazine* también dejó de circular en 1914 y la revista *Hispania* llegó hasta 1916.

Otro aspecto que afectó la recepción de la idea de la unidad continental como proyecto político fue el fortalecimiento de la idea de la unidad nacional. Durante el desenvolvimiento de la Gran Guerra y como parte de sus consecuencias fue la exaltación de la idea de unidad nacional. El nacionalismo surgió como el gran tema de las ciencias sociales y las humanidades, y se mantuvo como el proyecto intelectual, político e ideológico a tratar y resolver en las siguientes cuatro décadas las tareas de las ciencias sociales y las humanidades, y en cuyo despliegue se dio una transformación del ejercicio de la escritura que se desenvolvía entre el surgimiento de las disciplinas que empezaron a consolidarse y la expansión de una opinión pública que se masificaba. También se mantuvo un amplio interés por estudiar y cultivar un ideal del siglo XIX: la emancipación de la expresión literaria que tenía como base volver la mirada estética y la reflexión analítica sobre “lo propio” de América y “hacia lo nacional”; de tal forma que cuando ese objetivo se lograra “la literatura de nuestros pueblos merecería llamarse independiente y original” (MARTINEZ, 1955, p. 29).

El tema de unidad continental se mantuvo de un modo más bien anecdótico y más bien marginal con relación a las obras de carácter nacional, como se puede percibir en obras como la de José Vasconcelos, el proyecto político de Víctor Raúl Haya de la Torre y en los importantes trabajos de Pedro Henríquez Ureña y José Gaos que tuvieron circulación en diferentes publicaciones y proyectos editoriales como la colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica, al menos, en las empresas que se concretaron en los años 1940. Sin embargo, estas miradas de conjunto sobre el pasado y el presente del subcontinente fueron rebasadas por el interés nacional que copó el espectro de la producción intelectual en América Latina después de 1914 (FUNES, 2006).

Un tercer aspecto, que no puede perderse de vista por sus alcances e implicaciones prácticas fue el surgimiento de las reivindicaciones sobre la necesidad de reformas en las instituciones universitarias. Este movimiento que abarcó la totalidad del continente y creó diversas redes políticas e intelectuales, impulsó la noción de una transformación de los modelos y las actividades de la educación superior universitaria. En su momento, con niveles de éxito disímiles, esta corriente de ideas y los diferentes grados de movilización estudiantil y de aceptación que llegaron a encontrar ecos en los diferentes gobiernos nacionales como, por ejemplo, la reorganización del sistema universitario argentino, la apertura de la Universidad Nacional de México y las discusiones sobre el tema de la autonomía universitaria que abarcó la totalidad del país, la creación de la Universidade de São Paulo en el caso del Brasil (QUESADA, 1910; SOUZA, 1985; FERREIRA, 2009), acciones que concitaron la gestión de recursos para la renovación de los enfoques y las tareas de instituciones existentes como en el caso de Argentina o de Colombia; o la creación de nuevas instituciones universitarias como las ya mencionadas a las que habría que agregar la apertura del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), El Colegio México (1940) o la creación de la Escuela Normal Superior y los institutos anexos (1936) en el caso de Colombia; espacios que darían paso a la profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades en estos países y cuyos alcances se harían explícitos hasta la segunda mitad del siglo XX.

Instituciones y revistas especializadas

Las revistas publicadas por los hombres de letras de América Latina de principios del siglo XX, pese a sus indiscutidos alcances sobre el número y la calidad de autores que reunieron, así como la circulación que llegaron a tener, tenían una característica explícita que se convertiría después en una de sus debilidades. Los números específicos sobre temas de literatura, de historia, de política y de difusión, carecían de especialización. Los autores y sus trabajos, con algunas excepciones, cumplían la labor del texto de reflexión ensayística, con aproximaciones a los temas bajo el principio de la intuición y el talento, generalmente representado en la publicación de textos muy bien escritos, pero sin un fundamento heurístico para solventar las conclusiones que planteaban. Además, como este era el medio de circulación del conocimiento aceptado ampliamente en las sociedades de América Latina, la publicación de un trabajo en estas revistas era suficiente para obtener el reconocimiento de la valía intelectual. Sin embargo, este tipo producción intelectual enfrentaría nuevos retos en un contexto caracterizado por el posicionamiento de las instituciones universitarias modernas y la profesionalización de los saberes que colocaban a las revistas de los hombres de letras como

productos intelectuales de muy buena factura formal pero más cercanos a la difusión de la información que ofrecía el magazine.

El surgimiento de las revistas especializadas se da en el plano de la apertura y consolidación de las disciplinas científicas. Es importante considerar que la creación y la implementación de las reformas en las Universidades para hacer de ellas centros de docencia e investigación en el sentido moderno tienen como uno de sus resultados concretos la creación de publicaciones especializadas. Un caso emblemático en esta dirección se encuentra en la apertura de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1905 que definió desde sus comienzos la publicación de series de fuentes documentales, la preparación de una Historia de la civilización argentina y la defensa y propagación de la “metodología científica” de investigación. Estos proyectos tuvieron diversa suerte, pero a partir de la implementación de algunas de las iniciativas de la Reforma Universitaria de 1918, comenzó la creación de institutos de investigación, y desde 1921 la Sección fue transformada en el Instituto de Investigaciones Históricas bajo la dirección de Emilio Ravignani, que estuvo al frente del Instituto hasta 1947. En el marco de esta transformación se dio la creación del *Boletín de Historia Argentina y Americana*, dirigida por el propio Ravignani hasta 1946 y publicada sin interrupción entre 1922 y 1947 como el medio “oficial” de difusión de los trabajos del Instituto que se proponía dar cuenta de “la relevancia del conocimiento histórico” a partir del “correcto ejercicio de la profesión” (DEVOTO & PAGANO, 2010, p. 158; MYERS, 2004, p. 67- 106).

El camino seguido por el *Boletín* podría ser considerado emblemático de la forma cómo se puede diferenciar el trabajo intelectual de los hombres de letras que funcionaban bajo los parámetros de las asociaciones letradas decimonónicas y la producción intelectual del trabajo intelectual especializado producto de la institucionalización del conocimiento y la emergencia del saber profesional donde las publicaciones periódicas tienen unos objetivos distintos al entretenimiento y la difusión de la información; la meta de las revistas especializadas de carácter disciplinar tienen la función de articular a las comunidades científicas alrededor de la difusión de los hallazgos y el uso de los métodos de investigación en el marco referencial de una disciplina científica concreta, y establecen, por lo tanto, una delimitación sobre el tipo de lector hacia el cual va dirigida la revista.

Las condiciones políticas creadas por las consecuencias de la Gran Guerra y la Revolución Bolchevique impulsaron la creación de un nuevo sistema internacional de relaciones políticas que trataba de abarcar la mayor cantidad de procesos relacionados con el

desenvolvimiento de los estados nacionales como por ejemplo las iniciativas que dieron lugar a la creación de la Société des Nations (1920-1946) y algunos de los programas relacionadas con ella como los lineamientos trazados para el desenvolvimiento del Institut International de Coopération Intellectuelle (1922-1939) (PITA, 2014; DUMONT, 2015, p. 155-168). En el ámbito de América Latina desde 1898 había una creciente preocupación sobre la viabilidad de la soberanía estatal ante los avances de los Estados Unidos explícitos en la guerra de 1898 contra España y su presencia en Cuba y Puerto Rico, y su accionar en Panamá (1903); además, de las múltiples intervenciones militares en el Caribe después de 1916 que generaba un importante apoyo para las acciones políticas revolucionarias nacionalistas como la Revolución Mexicana (1910) y las apuestas para el accionar internacionalista contra las acciones intervencionistas y de los gobiernos dictatoriales (YANKELEVICH, 2003; PITA & MARICHAL, 2012).

En los años 1920, los Estados Unidos todavía mantenía su derecho a intervenir en la política de los estados nacionales del continente a partir de dos proyectos que implementó desde fines del siglo XIX: las Conferencias Internacionales Americanas que organizó desde 1889 y mantuvo hasta 1954, y las intervenciones militares que organizó desde 1898 para tomar posesión de Puerto Rico, asociadas a una amplia red de intereses económicos en diferentes rubros que servirían para acentuar la voluntad de renunciar a las intervenciones directas y buscar el apoyo del continente durante la Segunda Guerra Mundial. De esta forma, los Estados Unidos moduló diversas políticas para impulsar la idea de pertenencia a un hemisferio común y la necesidad de una convivencia pacífica con objetivos políticos y económicos comunes. El tema de América como objeto de estudio, tendría un importante impulso hacia la institucionalización.

En el marco de la VI Conferencia Internacional Americana realizada en La Habana en 1928 se presentó y aceptó la iniciativa del gobierno de México para la creación de un Instituto Geográfico Panamericano que tendría como tarea coordinar la realización de trabajos geográficos de todo tipo, así como la divulgación de los estudios geográficos pero también facilitar el estudio de las cuestiones fronterizas entre los estados americanos con los recursos humanos y económicos disponibles en el continente. El Instituto fue reconocido por la Unión Panamericana como Instituto Panamericano de Geografía e Historia en 1928 y fue designada la Ciudad de México como sede de la institución que empezó a funcionar desde el año siguiente y realizó su primera Conferencia en Rio de Janeiro en 1932 donde se establecieron sus Estatutos y, por ende, sus actividades y organización (BETANCOURT, 2016).

La creación del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y su instalación en México coincidió con un importante proceso de creación de instituciones de investigación y docencia que marcarían la vida intelectual del siglo XX en México. Durante la década de 1930, y en particular, durante la parte final del gobierno de Lázaro Cárdenas que coincidieron las políticas y los recursos humanos y económicos para que las iniciativas de aperturas institucionales pudieran concretarse en espacios en funcionamiento y no sólo se quedarán en instituciones de papel; entre ellas pueden señalarse, además de las indicadas anteriormente, la apertura del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1928), la creación de La Casa de España en México (1938) y el surgimiento de tres proyectos editoriales donde confluían casi todos los profesionales que participaron en la implementación de aquellas instituciones dedicadas a las ciencias sociales y las humanidades: el Fondo de Cultura Económica (1934), la *Revista de Historia de América* (1938) y la revista *Cuadernos Americanos* (1941).

La coyuntura de la guerra civil en España facilitó la realización de las estas iniciativas institucionales y de profesionalización que pretendía realizar el gobierno mexicano; especialmente, por los esfuerzos que se habían hecho en España desde 1907 para actualizar el sistema educativo y promover las actividades de investigación en España a través de los proyectos emprendidos por la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas liderada por Santiago Ramón y Cajal y José Castillejo, cuyas labores se extendieron hasta 1939 cuando el final de la guerra civil obligó a exiliarse a muchos hombres y mujeres que habían participado en esta empresa científica y cultural, que continuaron con estos propósitos en los países donde habían establecido contactos en los años previos a la guerra civil. La Junta desarrolló diferentes objetivos para romper con el aislamiento español y enlazar a este país con los avances y la producción de la ciencia y la cultura en el resto de Europa con base en un programa que incluía la creación de laboratorios, centros de investigación, becas para realizar estudios en el extranjero, facilitar el contacto con científicos extranjeros a través de la presencia de delegaciones españolas en los congresos científicos, el fomento a los trabajos de investigación científica y la protección de las instituciones educativas españolas de enseñanza secundaria y superior (GARCIA, 2016). En 1938, el gobierno franquista decretó el cese de las actividades de la Junta; aunque, el transcurrir de la guerra muchos de los científicos de la Junta abandonaron el país.

El proceso de modernización de las instituciones universitarias españolas permitió que muchos jóvenes de América Latina se formaron profesionalmente en espacios académicos modernos como el Centro de Estudios Históricos creado en Madrid en 1910 a cargo de

Ramón Menéndez Pidal, y tuvieron la oportunidad de convivir con otros jóvenes en formación en la famosa Residencia de Estudiantes fundada en 1910 también por iniciativa de la Junta para la Ampliación de Estudios como fue el caso de Ángel Rosenblat, Silvio Zavala, Luis Enrique Osorio, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Aurelio Macedonio Espinosa, entre otras más (RIBAGORDA, 2007, p. 221-250).

En el caso específico del Centro de Estudios Históricos era una institución que tenía como tareas ocuparse con la historia, la lengua, la filología y la civilización española a través de la organización de institutos que representaban el cultivo de una determinada disciplina: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Instituto Jerónimo Zurita, el Instituto Diego Velázquez, Instituto Antonio de Nebrija, Instituto Miguel de Cervantes. Estos intereses temáticos vislumbraron rápidamente la necesidad de estudiar América donde había aspectos comunes para establecer diferentes tipos de relaciones de cooperación y estudio, además de las posibilidades que brindaba para restablecer el prestigio exterior y como elemento de ayuda para la regeneración nacional; de tal suerte que las aproximaciones hacia América iban de la mano con una amplia tarea de estudio sobre el mundo ultramarino; de hecho, en Valladolid, Sevilla, Oviedo, Madrid y Barcelona vivieron el surgimiento de diferentes centros de investigación interesados en la historia de América que apuntalaron cátedras, seminarios, bibliotecas especializadas y asociaciones que trabajaban en conjunto con la Junta pero también de forma privada a partir de los cuales se crearon redes de trabajo y cooperación que sirvieron de puente para la creación de instituciones en América que se hicieron bajo el modelo de los institutos promovidos por la Junta, y también funcionarían después para que se diera el exilio como en el caso de las Instituciones Culturales Españolas en Argentina, Uruguay, Santo Domingo y Puerto Rico; la Institución Hispano-Cubana de Cultura, el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario, el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de San Juan de Puerto Rico, y los Institutos de Filología de Buenos Aires y La Plata; además, de la *Hispanic Society of America* (NARANJO, 2007, p. 9-13; VELEZ, 2007; PRADO, 2008).

En este contexto, el mexicano Silvio Zavala estudió derecho en México y se trasladó a Madrid en 1931 donde se incorporó al Centro de Estudios Históricos como estudiante donde obtuvo el Doctorado en Historia bajo la dirección de Rafael Altamira; en 1937 regresó a México con la idea de “fundar algún centro de preparación de historiadores jóvenes” como lo había visto funcionar en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Los primeros intentos los hizo en la Universidad Nacional pero no obtuvo eco a pesar de su posición como

secretario del Museo Nacional de México donde emprendió también la fundación de la *Revista de Historia de América*, que tuvo el respaldo del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y vio publicado su primer número en el año de 1938. En los propósitos de esta empresa editorial era muy precisa:

Los investigadores de la historia de América han comenzado a estimar la ventaja que ofrece el conocimiento de los problemas del Continente, para escribir con mayor acierto las historias nacionales [...] La transformación del instinto de simpatía de los investigadores de América en una conciencia científica, acentuada en los últimos años, se refleja en el método de los trabajos de historia y en la creación de los primeros órganos de intercambio (REVISTA DE HISTORIA DE AMÉRICA, 1938, p. V-VI)

La enunciación de los “Propósitos” de esta publicación, producto de un trabajo institucional, marca las diferencias con los proyectos letrados que le eran contemporáneos porque su origen, sus autores y sus objetivos tienen que ver con una disciplina específica del conocimiento: la historia, y la implementación de unos métodos de trabajo: los de la investigación histórica; por eso, quería posicionarse como un medio para “contribuir al acercamiento de los investigadores” y para ello, sus contenidos tenían que ver específicamente con la publicación de estudios, documentos, informaciones científicas, reseñas de libros, revistas y bibliografía sobre la historia de América. No era, pues, un medio de difusión del trabajo letrado. Zavala continuaría con sus actividades de formación entre 1938 y 1940 cuando obtuvo una beca Guggenheim que le permitió desarrollar algunos trabajos de investigación, trasladarse a los Estados Unidos y ampliar las perspectivas de la *Revista* y de los proyectos que podría desarrollar en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, labores a las que se entregaría de lleno en la década de 1940 y 1950, especialmente desde la apertura del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México (1941) bajo la dirección de Zavala y con la intención de hacer contribuciones propias al conocimiento de la historia de México y de América Latina (LIDA & MATESANZ, 1990, p. 109-174; LIRA, 2012).

Conclusiones

El brevísimo recorrido que se ha hecho a lo largo de este trabajo demuestra que la escritura como ejercicio intelectual se transforma en el momento que las sociedades de América Latina se masifican; lo que quiere decir que las transformaciones sociales generan nuevas condiciones para la recepción de los conocimientos especializados. Por eso, en el momento que las instituciones universitarias apuestan por la complementariedad de la

docencia y la investigación el papel de las sociedades letradas decimonónicas deja de ser relevante en este nuevo escenario.

Con la profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades el espacio explicativo e interpretativo tiene nuevos interlocutores; sin embargo, ello no quiere decir que a lo largo del siglo XX el prestigio y reconocimiento que tienen las sociedades letradas y, en particular, los escritores, haya desaparecido; por el contrario, el éxito comercial de la literatura producida en América Latina desde los años 1940 en adelante permitió afianzar y ampliar aún más el lugar central de los escritores y de la literatura como fuente explicativa de los procesos sociales e históricos de las sociedades de América Latina; así como la visibilidad mediática y la oralidad como fuente de referencia para alcanzar reconocimiento sobre la valía intelectual.

Sin embargo, lo que ha querido mostrar el presente trabajo es que la creación de instituciones ha estado ligada al surgimiento de las publicaciones especializadas, independiente de los alcances de la circulación o del reconocimiento social que tales esfuerzos tuvieron. La existencia de este tipo de empresas editoriales demuestra que la investigación y la interpretación de los procesos históricos y sociales adquirieron una nueva referencia, más allá de las posibilidades del reconocimiento masivo que se pudiera desear. Estos trabajos han ido desplazando paulatinamente el conocimiento basado en la intuición y en el reconocimiento social hacia las conclusiones obtenidas por el trabajo sistemático de investigación y el empleo de una metodología científica en la comprensión de esos procesos sociales; por lo tanto, la existencia de las instituciones y de las revistas especializadas que se abrieron campo en estas organizaciones cambiaron el tipo de escritura y los usos que pudieran llegar a tener en la sociedad.

Referencias

El Ateneo Mexicano. Tomo I. México: Imprenta de Vicente G. Torres, 1844.

El Mosaico: Miscelánea de literatura, ciencias i música. trimestre 1, n. 1. 24 de diciembre de 1858.

Revista de América. Quincenal de Letras y Artes. año I, n. 1, 19 de agosto de 1894.

La Revista de América. año I. vol. I. n. 1, junio de 1912.

Revista de Historia de América. n. 1, marzo de 1938.

ALBARRACÍN, Juan. *Alcides Arguedas: la conciencia crítica de una época.* La Paz: Universo, 1970.

BARBIER, Frédéric. *Historia del libro.* Trad. de Patricia Quesada Ramírez. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

- BETANCOURT, Alexander. La construcción del pasado nacional en Alcides Arguedas: convicciones sobre el papale de escritura. In: *Bolivian Studies Journal*, n. 11. 2004, p. 24-47.
- BETANCOURT, Alexander. Una mirada al problema de la nación. El cambio de siglo: Laureano Vallenilla y Alberto Edwards. In: *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis*. año VI, n. 17, 2004, p. 75-90.
- BETANCOURT, Alexander. Continente y nación: dos temas en la obra de Francisco García Calderón. *Socialismo y Participación*. n. 106, 2009, p. 91-103.
- BETANCOURT, Alexander. La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina. In: *Historia Crítica*. n. 49, 2013, p. 135-157.
- BETANCOURT, Alexander. El pensador y el intelectual: dos categorías para estudiar la cultura letrada en América Latina. In: CRESPO, Horacio, MORALES MORENO, Luis Gerardo & NAVARRO, Mina Alejandra. (coords.). *En torno a fronteras e intelectuales: conceptualización, itinerarios y coyunturas institucionales*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos-Itaca, 2013.
- BETANCOURT, Alexander. El Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el proyecto de la Historia de América, 1928-1960. In CRESPO, Horacio & KOZEL, Andrés & BETANCOURT, Alexander (coord.). *¿Tienen las Américas una historia común? Las tesis de H. E. Bolton revisitadas*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos-Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2016.
- BRUNO, Paula (dir). *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2014.
- CARTER, Boyd. *La "Revista de América" de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre. Edición facsimilar, estudio y notas de Boyd G. Carter*. Managua: Publicaciones del Centenario de Rubén Darío, 1967.
- CHARLE, Christophe. *El nacimiento de los "intelectuales", 1880-1900*. Trad. de Heber Cardoso Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2009.
- COLMENARES, Germán. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX*. 2ª edición. Bogotá: Tercer Mundo, 1989.
- DEVOTO, Fernando & PAGANO, Nora. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: 2 ed., Sudamericana, 2010.
- DOSSE, François. De la historia de las ideas a la historia intelectual. In: *Historia y Grafía*, n. 19, 2002, p. 171-192.
- DUMONT, Juliette. Latin America at the Crossroads: The Inter-American Institute of Intellectual Cooperation, the League of Nations, and the Pan American Union. In: McPHERSON, Alan & WEHRLI, Yannick (ed.). *Beyond Geopolitics: New Histories of Latin America at the League of Nations*. Albuquerque: the University of New Mexico Press, 2015, p. 155-168.
- FERREIRA, Alexander Marcos de Mattos Pires. *A criação da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da USP –Um estudo sobre o início da formação de pesquisadores e professores de matemática e de física em São Paulo*. São Paulo: Tesis Doutorado em História da Ciência Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, 2009.

- FUNES, Patricia. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006.
- GAOS, José. *Pensamiento de lengua española*. México: Editorial Stylo, 1945.
- GARCÍA CALDERON, Francisco. *La creación de un continente*. París: Librería Paul Ollendorf, 1913.
- GARCÍA CAMARERO, Ernesto. *La ciencia española: entre la polémica y el exilio*. Madrid: Caligrama, 2016.
- GORDILLO, Andrés. *El Mosaico (1858-1872): nacionalismo, elites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX*?. In: *Fronteras de la Historia*. vol. 8. 2003, p. 17-66.
- HISPANIA, “Notas editoriales”, núm. 1, enero de 1912. In: RUBIANO MUÑOZ, Rafael & GOMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. *Años de vértigo: Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania (1912-1916)*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores-Universidad de Antioquia-GELCIL-KULTUR, 2016.
- IGGERS, George G. The Professionalizations of Historical Studies and the Guiding Assumptions of Modern Historical Thought. In: KRAMER, Lloyd & MAZA, Sarah (ed.). *A Companion to Western Historical Thought*. London: Blackwell Publishers, 2002. p. 65-88.
- LIDA, Clara E & MATESANZ, José Antonio. *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*. México: El Colegio de México, 1990.
- LIRA, Andrés. *Exilio político y gratitud intelectual: Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*. México: El Colegio de México, 2012.
- LOAIZA, Gilberto. La búsqueda de autonomía del campo literario *El Mosaico*, Bogotá, 1858-1872. In: *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*. vol. 41. n. 67. 2004, p. 3-19.
- LOAIZA, Gilberto. *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación: Colombia 1820-1886*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011.
- LOPEZ-OCÓN, Leoncio. Ciencia y progreso durante la época bajoisabelina (1854-1868). In: SUAREZ, Manuel. (ed.). *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006.
- LOMNITZ, Claudio. Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México del porfiriato a la revolución. In: ALTAMIRANO, Carlos. (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz Editores, 2008.
- LOUIS, Annick. Las revistas literarias como objeto de estudio. In: EHRLICHER, Hanno & RISSLER-PIPKA, Nanette. (eds.). *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*. Aachen: Shaker Verlag, 2014.
- MALOSETTI COSTA, Laura & GENÉ, Marcela. (comp.). *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa, 2009.
- MALOSETTI, Laura & BALDASARRE, María Isabel. Enclave latinoamericano (o en clave latinoamericano): el arte y los artistas en *Mundial Magazine* de Rubén Darío. In: MALOSETTI, Laura & GENÉ, Marcela. (comp.). *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina*. Buenos Aires: Edhasa, 2013, p. 197-225.

- MARTINEZ, José Luis. *La emancipación literaria de México*. México: Antigua Librería Robredo, 1955.
- MONTALDO, Graciela. La cultura invisible: Rubén Darío y el problema de América Latina. *Revista Brasileira de Literatura Comparada*. vol. 4. n. 4, 1998, p. 75-83.
- MYERS, Jorge. Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955. In: NEIBURG, Federico & PLOTKIN, Mariano. (comp.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, 2004, p. 67- 106.
- NARANJO OROVIO, Consuelo. La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural (1907-1939). In: *Revista de Indias*. vol. LXVII. n. 239, 2007, p. 9-13.
- PITA, Alexandra. *Educación para la paz. México y la Cooperación Intelectual Internacional, 1922-1948*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores-Universidad de Colima, 2014.
- PITA, Alexandra & MARICHAL, Carlos (coord.). *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*. México: El Colegio de México-Universidad de Colima, 2012.
- PRADO, Gustavo H. *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.
- QUESADA, Ernesto. *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*. La Plata: Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910.
- RAPHAEL, Lutz. *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*. Trad. de Toni Morant i Ariño. Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 2012.
- RIBAGORDA, Álvaro. La Residencia de Estudiantes y América Latina: caminos de ida y vuelta. In: *Revista de Indias*. vol. LXVII, n. 231. 2007, p. 221-250.
- RUBIANO MUÑOZ, Rafael & GOMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. *Años de vértigo: Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania (1912-1916)*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores-Universidad de Antioquia-GELCIL-KULTUR, 2016.
- SABATO, Hilda. “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1840-1850). In: ALTAMIRANO, Carlos. (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz Editores, 2008.
- SEGNINI, Yolanda. *La Editorial-América de Rufino Blanco-Fombona, Madrid 1915-1933*. Madrid: Libris, 2000.
- SOUZA, Maria Adélia Aparecida de (coord.). *O espaço da USP: presente e futuro*. São Paulo: Universidade de São Paulo, 1985.
- SPECKMAN, Elisa. Las posibles lecturas de *La República de las Letras*. Escritores, visiones y lectores. In: CLARK, Belem & SPECKMAN, Elisa (ed.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Vol. I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. p. 47-72.

STABB, Martin S. *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*. Trad. de Mario Giacchino. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.

TEJADA, Luis. El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental. In: *Cuadernos Americanos*. vol. 4. n. 82. 2000, p. 180-216.

TORRES, Alejandra. Leer y mirar: la apuesta de Rubén Darío como director de revistas ilustradas. In: EHRLICHER, Hanno & RISSLER-PIPKA, Nanette. (eds.). *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*. Aachen: Shaker Verlag, 2014.

VELEZ, Palmira. *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007.

YANKELEVICH, Pablo. *La Revolución Mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*. México: Instituto Mora, 2003.